

LA JUVENTUD AMENAZADA EN NUESTRO TIEMPO

Si se planteara hoy la cuestión de "qué tipo humano sale peor librado en la sociedad industrial-técnica del presente" por un instituto de investigación de opiniones, las viejas y conocidas formas de la miseria no figurarían en la tabla de lo más apremiante. De pobreza, cesantía, servidumbre y explotación física, sólo pocos restos quedan, Dios sea loado. Prácticamente todos pueden hoy participar de algún modo en las diversiones y entretenimientos modernos. Ahora bien, la atmósfera total de la vida ha adquirido un carácter en grado sumo desfavorable para una especie de seres que también tiene sus peculiares apetencias, aunque poco sepa de ellas la humana solicitud social: me refiero a aquellos seres poseídos de una ardiente sed de fantasía.

Nuestro destino, el de todos, está bajo el signo de los requerimientos de la más extrema exactitud. Ese inofensivo precursor de la técnica que es el reloj se ha convertido en dueño y señor de todas las cosas. Nuestros dictadores son el plazo y la velocidad. Las máquinas nos eximen, ciertamente, de los esfuerzos más rudos. Pero exigen la más severa atención y vigilancia. Nuestros pensamientos están siempre en tensión. Sería irresponsable dejarlos vagar libremente en medio de todo este trajín de matemática puntualidad.

¿En qué consiste, entonces, nuestra verdadera libertad si la más amable libertad se encuentra bloqueada? Hablemos con franqueza: la honda desdicha del moderno mundo de nuestra cultura tiene algo espantable, pues la dicha es hija, sobre todo, del holgado juego de la vida interior.

El sediento de fantasía sale mal librado en nuestro mundo de trabajo, técnico, racional. Desde fuera no llega el estímulo, desde dentro no surge la fuerza, la virtud. Ahora bien, hay una edad en la vida que vive sobre todo en la fantasía y por la fantasía; la edad juvenil. Los niños viven aún envueltos en un mundo fabuloso. Mas, en los años de pubertad el proceso imaginativo tropieza ya, conflictivamente, con la realidad implacable. Es el momento en que el juego empieza a tornarse peligroso. Al principio se juega con la realidad. Las tensiones de los apetitos adquieren un crítico carácter.

Una fantasía juvenil puede embellecer, transfigurar, la realidad desnuda, áspera, si su in-

por el PROF. DR. H. G. EDUARD SPRANGER
De la Universidad de Tübingen

timo venero fluye límpido y claro. La fantasía de la juventud de las grandes urbes modernas se ha parcializado, se ha hecho superficial. Como ya nada surge desde dentro, se lo sustituye con películas de insensata invención en las que todo es crujido y fogonazo, exhibición del lujo más vacío y en las que se juega con el destino de los hombres como el gato con el ratón. Añádanse las historias de cloaca del mismo estilo. Se tiene la impresión de música tocada en miserables instrumentos y con desafinación. Ahora bien, el alto privilegio de la juventud es su capacidad para beber en fuente intactas, originales. A menudo ocurre hoy lo contrario: en vastos círculos sociales se contenta con imitar malamente lo vivido y lo gastado, la mala vida estrujada ya, agotada, marchita. Se supone que no pasa de juego. Pero se convierte en algo más. Y precisamente este juego de pérdida, de perversión, de la vida juvenil, es lo que poco a poco ha empezado a ocuparnos y preocuparnos. En el ingrato espejo de cierta juventud empezamos a vernos a nosotros mismos espantablemente feos.

I

A Para comprender dónde se sitúan los puntos de peligro, dónde la linde, la frontera, es transgredida, busquemos las líneas directrices más simples de la orientación del alma juvenil. Su dinámica íntima la recibe de determinados centros instintivos. Es determinada también desde ellos la órbita de la fantasía. Las apetencias sirven de guía y timón a la conducta. Un oscuro impulso precede a la orientación racional. Sólo con lentitud va formándose el yo dotado de unidad, el yo armónico que guía ya conscientemente. Ahora bien, en este proceso de formación del yo sobrevienen siempre retrocesos, recaídas. Ocurre entonces que se "recae", literalmente, que se vuelve a caer en el oscuro impulso. El individuo es impulsado y se deja impulsar. La delincuencia juvenil es de este tipo. Tan pronto como la refinada reflexión se hace presente, nos encontramos ya ante otro estilo de conducta donde es inadecuada la aplicación de las formas indulgentes del derecho penal de menores. La justicia supone que el menor que ha "recaído" en el dominio de sus demo-

nios interiores difícilmente podrá ayudarse. Deberán ponerse a contribución fuerzas que le defienden de sí mismo, de su yo, inmaduro aún. Se anteponen entonces los recursos educativos a los procedimientos propiamente punitivos.

En toda conducta psicológicamente motivada influyen factores exteriores e interiores. El medio, el contorno vital, pone lo suyo, pero lo impulsivo, lo que irrumpe y presta a la conducta el fuego de la pasión, llega de dentro, naturalmente. Por eso, en nuestra orientación, deberemos empezar por el íntimo mundo de los instintos. En las líneas que le enmarcan y definen se mantiene idéntico en todos los tiempos, mientras las estructuras del ámbito exterior se modifican históricamente y los destinos individuales son entre sí distintos. Lo que da dirección a la fantasía son los instintos justamente. La fantasía añade imágenes seductoras. Los actos traen consigo el choque con la realidad natural y social y por lo tanto también con el derecho consuetudinario y jurídico.

B Tres grandes complejos instintivos participan sobre todo en los hechos delictivos, aunque claro que no sólo en los individuos menores. Pero en éstos el ímpetu se ve acrecido por el carácter de novedad con que irrumpen en la vivencia. Son los siguientes:

- el instinto sexual,
- instinto de posesión,
- el instinto de poder.

En los tres casos se trata de fenómenos de gran latitud de acción, pero ha de reconocerse la identidad de carácter de la tendencia fundamental dentro de cada esfera.

a) Nunca se le dará demasiada importancia a la participación de la esfera sexual en la edad juvenil de que se trate, que lleva el nombre de "pubertad", al arbolarse cabalmente aquí la vida sexual y adoptar una dirección fundamental determinada. Sofrenarla y normalizarla es casi la misión cardinal de esta fase de la vida. En una sociedad sana rigen normas que favorecen este designio ¿Qué es lo que se considera permitido y qué es lo que se considera vituperable? ¿Qué posibilidades de satisfacción brinda el medio? ¿Dónde pone vallas?

Podrán darse aquí anomalías primarias del mundo instintivo y anomalías que sólo se

desarrollan en el curso de la evolución, en sus "recodos", como se les ha llamado. Sus formas de manifestación van desde el juego sin contenido y el impulso de satisfacción inmediata, en descenso hasta las más graves desviaciones de la fantasía. A qué abigarrada diversidad pueden llegar los tipos de perversión —ya en la edad juvenil— ni remotamente podrá imaginarlo el inexperto. Inversamente, de proceso normal en sentido ético sólo podrá hablarse cuando el complejo instintivo que desde lo íntimo surge, por lo pronto como algo siniestro y extraño, es subordinado al control de un yo dotado de voluntad y lucidez. Rica en accidentes del tránsito, es esta calle. Los partidarios de los métodos del psicoanálisis según Freud han descubierto toda una serie de fenómenos y de nexos en que antes no se había reparado, incluso, en un exceso de celo investigador han inventado algunos que no existen o sólo tienen el carácter de casos límite de máxima extremosidad. Desgraciadamente la capacidad de esta interpretación de la psique para llegar a una síntesis, es decir, al dominio de un orden, no ha sido, ni mucho menos, tan fuerte como su "análisis de la psique" con designio, diríase, de "desenmascarar" de "desilusionar", incluso con resultado disolvente.

b) La segunda esfera instintiva es la de la voluntad de poseer. Ya el niño más pequeño agarrar todo lo que puede alcanzar. Lo comestible es lo preferido. Con tal designio boca y mano lo prueban todo. En el curso del primer desarrollo del niño se va ensanchando el círculo de lo apetecido cada vez más. La dinámica del instinto aumenta hasta lo insensato: "Cuánto más tiene, más quiere". Puede llegar al extremo de que la avidez sigue estimulando cuando las verdaderas necesidades están plenamente satisfechas. El dinero, ese pálido símbolo, tiene la mágica peculiaridad de poder transformarse en prácticamente todas las cosas exteriores apetecibles cosas consumibles, sobre todo, que hay que reponer. No significan, pues, un logro de felicidad permanente profunda. De donde esa insaciabilidad de la avidez de dinero. En contraste con el instinto sexual, el instinto de posesión tiene, en sí mismo, bien poco de demoníaco y bien poca relación con los oscuros enigmas de la vida. Sin embargo, debe reconocerse que por el flanco psicológico no ha sido aún estudiado e investigado suficientemente

De otro modo no podría sorprender tanto que la abundancia aumente la avaricia.

c) El tercer instinto fundamental es el que se manifiesta con más diversas fisonomías. Ya en la diversidad de sus denominaciones se advierte esto. La voluntad de poder se presenta como instinto de imponer a los demás lo que deseamos, como apremio de propia vigencia, como soberbia, como mutismo, como espíritu de contradicción, como desconsideración que puede llegar hasta los modelos tiránicos y las agresiones violentas. Estas manifestaciones del ego galvanizado aparecen entretejidas en las más finas ramificaciones de la conducta y de ellas reciben los otros instintos un peligroso refuerzo. Se tropieza con el impulso de querer aparecer superior, de no querer estar "por bajo" de nadie, incluso donde en modo alguno podríamos esperarlo. Donde quiera acechan la envidia, la rivalidad, los celos, dondequiera topamos con la imperiosa, incluso brutal voluntad de llegar, de abrirse paso. Y con esto está dicho lo otro: dondequiera hay debilidad, inferioridad, accesión y derrota. También esto significa un peligro para la psique, pues en ello alienta la constante tendencia a transformarse en lo contrario, buscando graves formas de compensación.

Cuál de los tres motivos fundamentales se arroga la preeminencia es individualmente diverso. Pero cada uno de ellos está generalmente relacionado con los otros y con ellos implicado. Quien pretenda presentarse como galán espléndido, necesita plata. Y necesita recurrir a presiones para proveerse, si no basta el dinero de que dispone. Quien en su círculo quiere impresionar por su audacia y su espíritu aventurero, procura exhibir sus hazañas sobre todo ante la dama que aspira a conquistar. Quien pretenda lanzarse al robo por la violencia en gran escala, deberá asegurar a su pandilla a fuerza de dádivas. Y así, en giro constante.

II

Hemos empezado con tres direcciones instintivas, generales en lo humano. Incluso son indispensables. El género humano no podría existir si no se afirmase a sí mismo el individuo, si no procurase aumentar sus caudales y si no se sintiera poseído del impulso de procreación. Ahora bien, todos estos instintos ne-

cesitan ser encauzados y sometidos a norma ética. La juvenil fantasía, al hacerlos objeto de su juego veleidoso, puede acabar perdiendo toda una vida en el juego. La moral y el orden jurídico ponen vallas a esta anarquía. En nuestra consideración debemos tomarlos tal como son: justos e injustos, sabios y superficiales, duros y laxos.

Si entramos a considerar ahora los excesos de la **juventud criminal** particularmente, debemos librarnos muy bien de incurrir en el error de suponerla círculo cerrado, algo aparte de la sociedad normal y organizada. Por el contrario, para llegar a ella debemos atravesar un vasto "atrio" social donde todavía vive gente de todo punto respetable. Sólo cuando hemos dejado atrás este terreno tenemos la sensación de que el suelo es ya algo blando y cenagoso. Dicho sin imágenes: se cultiva y honra en estos círculos un estilo de vida que se ha adoptado irreflexivamente, sin previo examen, simplemente porque otros contemporáneos lo honran y cultivan. No es generalmente la juventud quien ha creado estas formas: también ella las ha adoptado irreflexivamente. Ahora bien, ese estilo de vida que es sólo una imitación, llega un momento en que se convierte en fatalidad.

El grupo criminal juvenil no se forma, pues, como creen algunos, de la escoria de la humanidad. Se constituye sobre la base del "atrio", ligeramente cenagoso, a que acabamos de referirnos. Se atraviesa por círculos que lindan marginalmente antes de llegar a aquellos que han rebasado ya las fronteras de la moral y la ley. Ni la cultura, ni la riqueza, son defensa efectiva contra el peligro de deslizarse hasta esa trasgresión. Todo lo contrario: precisamente en esta hora la criminalidad juvenil se presenta fuertemente teñida del carácter de criminalidad de los confortablemente situados. Humus nutritivo muy favorable es aquí el hartazgo de aburrimiento, cabalmente para aquellos que tienen apetencia de fantasía.

Las tres fuerzas instintivas mencionadas —sexualidad, avaricia y sed de dominio— determinan la línea de un anhelo de felicidad que sabe todavía muy poco de una depuración auténtica por el sentido de la realidad y por la reflexión. Para cada edad de la vida vale el aserto de que lo que uno ambiciona como su "suerte" se condensa en forma de imágenes y

boquejos para el futuro que al fin le succionan. La imaginación, que en la juventud representa el papel de un espejismo de dechados, se apodera con mágico poder del alma. Examine. mos dónde pueden sobrevenir peligros en el aspecto ético. Naturalmente que muchas imágenes seductoras son suministradas desde fuera por la vía del cine, de las lecturas escabrosas y de las malas compañías. Pero si no respondieran desde dentro íntimos impulsos a su invitación, carecerían estos estímulos de efectividad.

(1) En jóvenes de débil voluntad el instinto sexual induce a un verdadero alud de ávidas imágenes de la fantasía. Antes del matrimonio es difícil llevar el instinto a cauces normales, sobre todo si falta el contrapeso en forma de planes de vida de serio contenido que absorban energías. Consecuencia del impulso reprimado son desviaciones, que al fijarse y enraizarse, pueden degenerar en delincuencia. En los años de pubertad se añade, empeorando a menudo la situación, el carácter dominante, ávido de imponer su voluntad: "somos ya hombres hechos y derechos. El otro sexo se nos rinde al vuelo. No hace falta poner el corazón en el asunto. Los demás tendrán que aprender de qué somos capaces. Las normas anticuadas nos importan un bledo. ¡Adelante, pues!".

(2) El instinto de posesión induce fácilmente al robo y demás delitos contra la propiedad cuando no se dispone de lo necesario. Pero cuando no representa ningún papel este motivo, mucho más debe sorprender que degeneren en tales excesos. En estos casos se trata generalmente de una especie de deporte en el que lo que atrae es la hazaña de vencer el peligro y el alarde de destreza en el robo. Se usufructúa algo con records de este tipo, sin pensar un solo instante en los perjudicados. Robar autos, vaciar servicios automáticos, atrapar algo al hacer una compra, son cosas en las que se ha llegado a rara perfección. Algo simbólico entra también en el juego: "No reconocemos vuestros dictados. Todavía nos sobran energías para vivir en estado de naturaleza". La fama de invencible se le brinda en el grupo juvenil al que no se deja agarrar. Otro factor que refuerza la tendencia al robo y al despojo es la atracción que ejercen determinados objetos, sin cuya posesión no se es hoy persona cabal. "¡Un traje, una espada, un caballo,

sin ellos no se es hombre!" exclama el sultán en el "Nathan" de Lessing. Hoy diríamos: "un auto, un revólver, un tocadiscos...". Aquí, se hace de nuevo presente el impulso de dominio. Mas aquí se produce también la famosa acción en cortocircuito: se obra sin reflexión, casi automáticamente, de modo que del objeto podría decirse: "Me has atraído brutalmente". Pero se carece de la paciencia y el dominio de sí mismo necesarios para ganar honradamente lo deseado. "¿Tienen otros más derecho que yo a disfrutarlo?", dice posiblemente la actitud de protesta que el régimen de naturaleza dicta. Hay una propiedad a la que todos tienen derecho. Se es, pues, víctima de una obligación mágica; intelectualmente se ha alcanzado ya realmente una madurez mucho mayor. Es característico de la situación psíquica de la juventud cuáles objetos se incluyen en esta esfera y cuáles no, en una época determinada.

(3) El tercer complejo de motivos que aún nos queda por considerar ha participado, sin excepción, en los dos primeros tipos de instintos: el alarde de importancia, el hablar "con pura grandeza" de todo, el prurito de afirmar y reafirmar la propia vigencia. "¿Cómo me las arreglaré para hacer ver a los demás mi superioridad indiscutible o demostrarles por lo menos que no soy cualquiera, aunque en realidad yo mismo me sienta tremendamente inseguro?"

Es algo propio de los hechos primarios de la vida humana, desde la infancia ya, que el individuo goce comunicando que "está ahí", haciendo saber que existe y que quisiera ser reconocido por los demás. Los medios de que se vale para conseguirlo van desde la llantina del bebé a métodos de más espiritual naturaleza, pasando por los codazos con que se abre paso entre la multitud. El todavía inmaduro quisiera llamar la atención. El razonable y prudente se pregunta: "¿por qué causa y cómo y entre quiénes, si entre los maestros y los capaces y los beneméritos... o entre los mozalbetes de la pandilla que sueña con aventuras o entre las peripatéticas?". Realmente, para la fantasía de la juventud, es arduo decidir a qué clase de fama debe aspirar, en virtud de qué cualidades y de qué logros. ¿No hablamos aún del erostrático impulso en recuerdo del malhechor que en 356 ant. de J. C. incendió el templo de Diana en Efeso para inmortalizar

su nombre? La juventud de nuestros días cree que significa algo el que su nombre aparezca en los periódicos o que se hable sobre sus fechorías ante los tribunales. Lo importante es que se fijen en uno. Imagínese: acaso ser temido, que le admiren a uno los más peligrosos maleantes, que la policía le busque febrilmente. No es otro el motivo de muchos excesos. No hay ser humano que no quiera "ser algo". Los medios de que se vale en su propósito son variadísimos y desde el punto de vivir sin ser reconocido en alguna parte, incluso honrado. También es aquí elocuente la juvenil tendencia al camino más corto. Para llegar a distinguirse entre la sociedad burguesa organizada en rígidas normas, se requieren largas fatigas: se necesita aprender, se necesita hacer algo verdaderamente y hasta... ser alguien. Muy molesto cuando el próximo domingo se quiere impresionar a una chica. Acaso baste para ello una loca carrera en la moto por las calles más transitadas de la ciudad.

La variedad de los motivos que aquí entran en juego, así como de los modos de enfocarlos, es estudio de múltiples e interesantes conclusiones. Tropezaremos aquí con los correspondientes fenómenos de contraste, que, con frecuencia completamente distinta, significan lo mismo, el prurito de afirmación y confirmación, por ejemplo, de quien en lo íntimo se siente completamente inseguro. El físico o intelectualmente débil, el "acomplejado", el obseso de inferioridad, se contenta ya con que los héroes de una pandilla se enteren de que existe. De cánones en verdad éticos no se trata aquí en absoluto. ¿No puede también el facineroso, el asesino, el violento, aparecer como gran figura? Claro que aconsejamos a la juventud que elija dechados, que se deje guiar por el ejemplo de figuras ideales. Ahora bien, la elección de dechado puede meterse por el más fragoso atajo. Una novela de aventuras, una película, una simple excursión de compinchados, puede hacer que el acento de la admiración recaiga sobre lo más chabacano. ¿Dónde encontrar hoy, por otra parte, las altas, las auténticas imágenes accesibles aún a la juventud? Despierta hoy la más fuerte embriaguez el as de la pantalla y el papel por él representado, aunque moralmente pertenezca al nivel de lo subhumano. También aquí nos encontramos ante fenómenos de servidumbre. Más

importante es fijarse en los héroes reales de una banda, cuyas débiles naturalezas a menudo delatan toda su alma ciegamente.

Los recursos errados en la constitución de la personalidad y en el modo de articularse en la comunidad con auténtica voluntad de logro, son variadísimos. Si entran en el juego fracasos en la escuela u otras fallas, acaso pueda llegarse a máximas como esta: "No puedo, luego no quiero: no quiero de ninguna manera y cambio la meta de mi ambición a una esfera completamente distinta". O se llega a una actitud de protesta activa: "Si nadie me reconoce, si nadie me cotiza, ¿qué tengo yo que ver con esta engañosa sociedad, con esta maldita tramoya? Me planto, fundamentalmente, contra sus principios de probidad y honor". Si se añade un hondo conflicto familiar, sobre viene acaso, como recurso de última instancia, esa revolución de la concepción del mundo que he designado como "shock nihilista": "En la vida del hombre puede decirse que no existen valores que nos obliguen. Todo es insensato y merece que yo lo destruya".

En la juventud por tal modo amenazada, una vez alcanzado el límite, encontramos tres principios típicos de la orientación de la vida. 1) Estamos por encima de todos los vínculos porque nosotros mismos estamos de vuelta ya y nos damos perfecta cuenta de lo vacío de la existencia. 2) Robamos, recurrimos a la acción violenta, no por necesidad o por avaricia, sino porque el último heroísmo que la sociedad nos permite es el de "vivir peligrosamente". 3) Buscamos el goce sexual porque sólo el afecto del instante tiene validez para nosotros y negamos toda otra profundidad erótica hasta tal punto, que intencionadamente la arrojamos a la inmundicia.

Bastará recordar a "Los bandoleros" de Schiller para convencerse de que este trastrueque de todos los valores no es, en absoluto, una novedad.

Nuevo y aún no comprendido en todo su alcance, es un fenómeno social que en el momento de producirse hizo concebir grandes esperanzas, pero que hoy empieza a mostrarnos sus aspectos funestos. Hasta fines del siglo XIX se consideraba perfectamente natural el giro de la nueva generación al cumplimiento de las normas morales vigentes para toda edad. De un problema "juventud", de índole perma-

nente, no había entonces el menor barrunto. Ahora bien, alrededor del 1900 surgieron el "movimiento de la juventud" (1), la psicología de la juventud y la reforma pedagógica como tres nuevos vástagos de una y la misma raíz. La juventud exigió que se le permitiera vivir de acuerdo con el peculiar ritmo propio de su edad. La psicología de la juventud enseñó a interpretar el carácter de lo juvenil y la reforma pedagógica llevó a la práctica este liberal punto de vista.

La época productiva del movimiento de la juventud pertenece al pasado. Pero dos cosas resuenan aún en los oídos de las generaciones juveniles que vinieron más tarde, a saber: la actitud de protesta frente a la cultura dada, desallada y vigente y la conciencia de que la juventud como juventud debe reclamar derechos especiales. Desde entonces ningún adulto sabe si debe exigir algo de la juventud y en qué pueda ello consistir. El cuarto movimiento de emancipación, el de la juventud, no ha encontrado, pues, su norma cabal. Por lo menos no está aún conclusa, como, por otra parte, no hemos concluido aún de salir de la era de las revoluciones sociales. Desde 1879 se mantiene todo en posición de inestabilidad. Los miembros del cuarto grupo, los jóvenes, se dan de esto perfecta cuenta. Por eso se desbocan a conciencia. Los más radicales incluso lo declaran sin circunloquos: "¡Esta infecta sociedad tendrá que ver y sentir de lo que somos capaces! Hay que mantenerla en un estado de temor permanente y esto es decisivo". Reina una guerra fría, que se convierte a menudo en lucha acalorada.

¡Sí, por cierto! ¡Nos encontramos ante una profunda secesión de la juventud! Pero nadie, ni siquiera el más caustico censor del régimen social vigente, pretenderá que ha traído consecuencias aceptables. Especialmente el estilo que ha impuesto a la relación entre los sexos pide ser considerado seriamente. La expresión "falta de prejuicios" resulta ya desvaída.

Cuando se nos informa sobre un proceso en el que aparece exclusivamente enredada e inmersa en pena la juventud masculina debemos presumir que se nos informa en versión incompleta. Precisamente aquí, en la zona deletérea del juvenil estrago, mantiene en forma decisiva,

(1) N. de la R. "Jugendbewegung": de este movimiento son una tardía repercusión los movimientos estudiantiles organizados.

va su vigencia el principio de la criminalística, que ordena: "cherchez la femme, cherchez les femmes". No va aquí en interés de una elucidación de los padres el echar tierra al asunto. Es bien sabido que, en esta hora, los padres justamente están más necesitados de elucidación en el negocio del sexo que la mocedad.

Es, ciertamente, muy viejo y conocido, el hecho de que a las gentes de la misma edad les gusta reunirse entre sí. Conocidísimo es también que la juventud rehuye en lo posible a los observadores de mayor edad en sus reuniones. por inobjetable que sean. Aún podría alegarse que esto es algo propio del rubor de la fantasía. Ahora bien, cuando se prefieren los subterráneos con iluminación atenuada, y algo atufa y marea en las pausas del baile —adobadas con niebla de cigarrillos— es señal inequívoca de que hay que echar un velo sobre la cosa y de que lo tenebroso ronda muy cerca. Y el jazz es la voz orgiástica de la pasión desenfrenada.

Seamos justos: la juventud sólo hace lo que los de mayor edad han hecho largamente en la elaboración de su estructura social: ha olvidado la juventud, sencillamente, suministrarle normas morales al asunto, es decir, asegurarse cierto nivel desde el punto de vista de los valores. Motivo de preocupación debe ser esto para la generación madura. Haga dos cosas: ponga más orden en sus propias formas de vida y considere y reflexione si de la mocedad puede esperarse que sea, por sí misma, moralmente creadora. Si resultara que no lo es, podrá decirse que los de mayor edad, confiados en la presunta y exagerada idea de una cultura propia de la juventud, han ido demasiado lejos en el abandono de sus propios deberes.

Desde los puntos de vista de que hemos partido se nos daría el remedio contra la amenaza moral que se cierne sobre la juventud con la siguiente fórmula: habrá que hacer algo para la depuración de la fantasía. Que la educación se basa sencillamente en el secreto de apoderarse de la imaginación juvenil para colmarla de valiosas imágenes de humanidad y vida digna, es una vieja verdad. Es el camino que nos señaló la pedagogía del clasicismo alemán y algo muy distinto no podrá hacerse hoy.

¿Pero de dónde tomar imágenes excelsas de nuestro mundo de la cultura si éste ya no las produce? Creo que, ciertamente, no falta en esta hora lo creador, lo acrisolado, que no faltan personalidades capaces de resistir la prueba, logros que nos inspiren respeto. Mas, desgraciadamente, nuestros contemporáneos no hacen recaer por este lado el acento del valor. Para que algo sea aceptado, la primera condición es que sea nuevo y distinto de como era antes. Y ocurre así que lo nuevo con que topamos, por muy nuevo que sea, no está pensado hasta el fin, no está acabado de pensar. Es nuevo, por ejemplo, que a los padres no les importen en absoluto las andanzas nocturnas de sus jóvenes hijos. Nuevo es también que eludan plantear en su compañía temas referentes a concepción del mundo, y ello, decididamente, porque no están muy seguros de sus propias convicciones, o sencillamente no las tienen. Cuanto menos impresione la generación madura, más ganas de "impresionar" tendrá la juventud. Ahora bien, la gente joven ni siquiera piensa en razonamientos o fundamentos para su nuevo estilo de vida. Se contenta con alegar que todos los compañeros de su edad lo hacen así. Y así queda todo en suspenso, sin un pretexto de justificación.

Si queremos algo nuevo de veras, ¿por qué no cambiar el disco y pedir a los jóvenes que pongan orden ellos mismos donde la generación madura fracasó y renuncia? Vamos a celebrar el cincuentenario de la Declaración de Hohen Meissner(1). Lo que se intentó entonces con medios insuficientes puede acaso lograrse en un segundo intento. ¿No proclamó Hölderlin que "donde crece el peligro crece también el rescuro de salvarnos"? Lo que tendría que venir por un clamor en nombre de la conciencia, el orden y los principios, no sería nada inaudito, que no hubiera sucedido nunca. Las luces de eternidad alumbran en la noche. En las más miserables situaciones se ahonda y renueva el venero de lo religioso. Pero eso sí: sólo donde hay amor la fuerza y el triunfo son posibles. Pensemos, pues, con un poco más de cuidado, sobre el razonable amor entre padres e hijos. El proceso de depuración empezará entonces por ambos lados.

(1) N. de la R. Eminencia de 750 m. al sudeste de Kassel, en cuya mesa tuvo lugar una magna concentración de juventudes en 1913.